

16° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 11.09.2014

Todo lo que hemos visto e intentado profundizar hasta ahora, debemos profundizarlo dentro de nuestra vocación monástica, dentro de nuestra vocación benedictina, cisterciense. Repito que el don que Cristo nos hace de una comunión de corazón a corazón, o, mejor dicho, de “corazón en corazón”, es el centro y la fuente de la vida cristiana. Pero cada carisma, o forma de vida en particular, lo profundiza y lo vive según un acento determinado.

Me doy perfectamente cuenta que ciertamente no basta un mes de capítulos para profundizar en todo esto. Por otra parte, no es mi intención ser “exhaustivo” en un ámbito que no puede ser “agotado”, porque es una fuente más grande que el mar. Se podría decir que la mística cristiana es la fuente que contiene el mar. Normalmente, el mar es el fruto de todas las fuentes del mundo, y de todas las lluvias que caen sobre la tierra. ¡Quién sabe cuántas son las fuentes que hay en el mundo entero! Pero en la mística, la Fuente es una sola, y es precisamente una fuente que contiene todo el mar, que hace brotar de sí misma y volver a sí misma todo el mar de la vida cristiana, de la vida de la Iglesia, de la santidad de toda la historia de la Iglesia, desde el comienzo del mundo hasta el final de los tiempos...

Por lo tanto, mis Capítulos no pueden ser más que un intento de impulsar a un trabajo de profundización, de búsqueda, de meditación, y, sobre todo, de vida, que después cada uno debe hacer personalmente. Quizá he hablado ya demasiado, o debería haber sido ya más sintético. En estas cosas estimula más una palabra, una frase, una poesía, que tantos discursos. Pero antes de proseguir buscando escuchar un poco a nuestros padres y madres en la vida monástica, se debería decir cuál es el punto esencial de la vida mística, de la vida divina que el Espíritu Santo quiere infundir en nuestros corazones, a través del bautismo, la vocación, la gracia que siempre nos concede. Diría que es el don de *ser en Cristo*, de *vivir en Cristo*, de *morar en Cristo*, como Él es, vive, mora en nosotros.

Lo decía en Chiaravalle en la homilía de la solemnidad de la Asunción de María al Cielo: “La gracia de vivir en el Señor, y de la vida del Señor en nosotros, es el corazón místico de toda vida cristiana. Un corazón místico dado y pedido a todos, porque es la gracia y la experiencia de nuestro bautismo, y de todos los sacramentos, en especial el de la Eucaristía. Se nos da y se nos pide tener una experiencia siempre más real y profunda de poder vivir en Cristo permitiéndole vivir en nosotros. San Pablo, al igual que san Juan, no se cansará nunca de pedir esta experiencia, y de basar todo el empeño cristiano en el acoger la gracia de vivir en Cristo. En esta experiencia es en la que María exulta y fundamenta toda su fe en la redención del mundo.

Y es precisamente esta experiencia la que nos ayuda a entender el misterio de su ascensión al Cielo, y el porqué este misterio nos concierne personalmente. (...) Pablo escribe a los Corintios: “Pues del mismo modo que en Adán mueren todos,

así también *en Cristo* todos volverán a la vida” (1 Cor 15,22). María ha recibido enseguida una vida integralmente resucitada, porque su ser “en Cristo” era total y perfecto incluso en esta tierra. El dogma de la Asunción reconoce que el ser en Cristo de María no podía dejar de cumplirse inmediatamente para la que ya estaba toda en Dios y Dios en ella. Pero esto precisamente nos ayuda a reconocer que estamos destinados a la misma plenitud, porque estamos llamados como ella a vivir “en Cristo” por la gracia pascual del bautismo. “En Cristo todos volverán a la vida”: este es el gran destino de la humanidad que la Iglesia está llamada a encarnar y anunciar, como María, que precisamente en esto es Madre de la Iglesia, es decir, Madre de Dios y Madre de todos los hombres, Madre del don de Dios a todos los hombres.

¿Qué significa “vivir en Cristo”? Es una experiencia demasiado grande y profunda para poder definirla. Es un misterio. Pero María es la prueba de que podemos tener experiencia de este misterio, que nos está destinado por el amor de Dios, y que podemos comenzar a vivirlo en esta vida.

Quizá es esta la razón principal por la que los Cistercienses han preferido siempre esta fiesta a todas las demás fiestas marianas. Todas las iglesias cistercienses están dedicadas a la Asunta. En el fondo, no se trata solo de una predilección mariana, sino sobre todo cristológica, porque el sentido y la misión principal de la vida monástica es precisamente el deseo de vivir en Cristo, que no es otra cosa que una concentración en la vocación y misión de todo bautizado. En el *Exordium* de Cîteaux, el primer relato del nacimiento de la Orden, citando san Pablo a Timoteo, se resume el deseo de los primeros monjes cistercienses diciendo que querían “vivir piadosamente en Cristo” (Cap. 1; cfr. 2 Tm 3,13).

Mirando a la Virgen y Madre en el Cielo, orando en las iglesias a ella dedicadas, es esta gracia y vocación las que queremos recordar, volver a tomar, volver a acoger, para no descuidar aquella plenitud de vida que se nos da en Cristo. El cristiano no vive una vida tan diferente de la de los demás, y, en el fondo, tampoco el monje, pero vivir conscientemente en Cristo transforma el sentido de la vida diaria, de la vida de cada día. La hace mariana, una vida en la fe del Magníficat, una vida real y totalmente *asumida* en la gracia, en la gloria y en la alegría de vivir en Dios” (www.ocist.org > *Omèlie Abate Generale* > 2014.08.15).

Por esto, debemos ayudarnos, y dejarnos ayudar por la Iglesia, y por la Virgen María y por los santos, para tener experiencia del misterio sublime de poder vivir en Cristo, de poder vivir en Dios en el misterio de Cristo que encarnándose, muriendo, resucitando y ascendiendo al Cielo ha preparado para nosotros, para cada uno de nosotros, el “sitio”, la “morada” junto al Padre, en la Trinidad. Un sitio filial, de hijos en el Hijo, de hijos adoptivos en el Hijo unigénito. La mística cristiana es esto, es esta gracia, esta comunión tan profunda con Jesús que se nos da de vivir en Dios en la adhesión a Él, en el unirnos a Él, en el acoger su comunión con nosotros hasta el don de su corazón, de su vida.

Si pretendemos vivir nuestra vida cristiana y nuestra vocación monástica descuidando esta gracia, es como si quisiéramos ser cristianos sin Cristo, sin el don que Cristo es para la vida, sin aquello que Cristo ha venido a ofrecer gratuitamente a nuestra vida, a todos. No es una cuestión de sensibilidad, de carácter, de gustos espirituales. Es una cuestión ontológica. La naturaleza del misterio cristiano es el don que Dios nos hace de Sí mismo, justamente de Sí mismo, hasta morir por nosotros para mostrárnoslo, con el fin de darnos el vivir en Él. Si rechazamos esto, rechazamos todo. No basta que queden unas cuantas ideas, una moral, un empeño inspirado por Cristo y el Evangelio. Porque, en Cristo, Dios nos ha dado infinitamente mucho más que unas buenas ideas, una buena moral, y un buen empeño. Nos ha dado a sí mismo para vivir en Él.

Si no ponemos en el centro esta gracia, si no la deseamos, si no nos dejamos fascinar por ella como lo que da a nuestra vida una plenitud incomparable, no comprendemos nada, ni de san Benito, ni de san Bernardo y santa Gertrudis, ni nada de nada, porque ni siquiera comprendemos nada del Evangelio.